

JOSÉ MANUEL CHILLÓN

**EL PENSAR
Y LA DISTANCIA**

Hacia una comprensión de la crítica
como filosofía

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2016

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?

A. Machado, *Soledades, galerías y otros poemas*

A mi querida abuela Brígida.

*En la distancia más infinita;
en la inolvidable cercanía.*

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2016
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1946-2
Depósito legal: S. 433-2016
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i> , de Pablo García Castillo	9
INTRODUCCIÓN	17
1. PARA UNA FENOMENOLOGÍA DE LA ACTITUD CRÍTICA	25
2. PALABRA Y MUNDO. LA CONSTITUCIÓN CRÍTICA DE LA RAZÓN EN ARISTÓTELES	35
1. El decir y la insalvable distancia <i>phisis-logos</i>	35
2. La sabiduría crítica del <i>logos</i>	39
3. Hacia una concepción crítica del significado. Significar como interpretar	43
4. Crítica y capacidad comunicativa. Convención semántica y convivencia política	55
5. La prudencia como actitud crítica	60
6. La tarea crítica de la felicidad: entre la contemplación y la acción	67
7. Conclusión. <i>El logos: capacidad para trascender lo dado</i>	73
3. RACIONALISMO Y EMPIRISMO COMO CRÍTICA. MODERNIDAD E ILUSTRACIÓN	75
1. La constitución crítica de la ciencia moderna: el método	75
2. El trayecto crítico de Descartes	83
3. Actitud crítica y empirismo: los presupuestos de Hume ..	92
4. Kant, La apoteosis de la crítica	100
5. Conclusión. <i>La crítica como puntal de la Ilustración y su herencia: razón y libertad</i>	106
4. HUSSERL Y LA CRÍTICA COMO «ACTITUD FENOMENOLÓGICA» ..	113
1. La crítica como renovación: la médula de la fenomenología	113

2. Más allá de los hechos. Actitud crítica y abandono del positivismo	117
3. ¿Puede constituirse la filosofía como <i>ciencia estricta</i> desde la crítica?	124
4. La actitud crítica como sentido y responsabilidad	135
5. Conclusión. <i>La crítica y los horizontes de la razón</i>	139
5. HEIDEGGER Y LA TAREA DEL PENSAR COMO ACTITUD CRÍTICA ..	141
1. Sobre la crítica como apertura y finitud de la existencia ..	141
2. La tarea del pensar en un tiempo crítico	149
3. La crítica heideggeriana de la crítica moderna	150
4. La tarea del pensar como crítica de la técnica	157
5. La tarea del pensar como crítica en cuanto <i>tomar distancia</i>	162
6. Conclusión. <i>La tarea del pensar crítico y el cambio de rumbo</i>	170
6. HORKHEIMER Y POPPER: LA CRÍTICA DESDE LAS DOS LADERAS	173
1. La crítica de la <i>teoría crítica</i> . Una mirada general	173
2. Max Horkheimer. La crítica como negación: <i>Lo que hay no es lo que debería haber</i>	181
3. Karl Popper. La crítica como actitud abierta: <i>Hacia un futuro mejor</i>	188
4. Conclusión. <i>La crítica disipa las diferencias</i>	194
EPÍLOGO	197
<i>Bibliografía</i>	199

PRÓLOGO

PABLO GARCÍA CASTILLO

Cuando el geómetra Teodoro, en la escena inicial del *Sofista*, presenta a Sócrates al extranjero de Elea que será su interlocutor en el diálogo, con la pretensión de alcanzar una definición del sofista, afirma que el extranjero no es en absoluto un dios, pero tiene algo de divino como todos los filósofos. Pues, a su juicio, un filósofo, como los dioses homéricos, merodea por las ciudades y observa desde lo alto la vida de acá abajo¹.

El divino Platón, como le llama siempre Unamuno, fue también un pensador que observó a distancia la inquietud de los ciudadanos y sus permanentes preocupaciones: el placer y el saber, la amistad y el amor, la libertad y la justicia. En el mismo *Sofista* tenemos una prueba innegable de este pensar siempre abierto, discursivo y crítico que constituye la esencia misma del quehacer reflexivo que aprendió de su maestro.

Cuando Platón dirige su mirada hacia los filósofos griegos que le precedieron describe su incesante búsqueda discursiva como una lucha de gigantes en torno al ser². Heidegger nos ha hecho ver lo que significa esta gigantomaquia, esta inacabable lucha por encontrar el sentido del ser y de la perplejidad en que se halla la mirada del filósofo, que no siempre encuentra la distancia justa para pensar la realidad que se le ofrece como un horizonte inabarcable.

Pero en el *Sofista* descubrimos también la mirada inteligente de Platón sobre su propia filosofía y comprobamos cómo se resquebraja su fidelidad a su padre, el venerable y terrible Par-

1. Platón, *Sofista*, 216 d.

2. *Ibid.*, 246 a.

ménides, y en un acto de doloroso parricidio, reconoce que el mundo inmutable del ser y de las ideas admite en su seno la vida y el discurrir del propio *logos*. En las entrañas mismas del ser y de la verdad se halla escondido, como en las palabras engañosas del sofista, el no ser, la diferencia y la posibilidad de hablar falsamente.

Es la esencia misma del pensar: la perplejidad. No hay un ser, un decir y un pensar unívocos, sino que la distancia y el tiempo convierten los miopes ojos del sofista, prisionero de las sombras, en ojos de filósofo como penetrantes luces que descubren la belleza, la verdad y el ser, ocultos para una mirada fascinada por las persuasivas apariencias.

Esa vulnerabilidad del pensar, que se manifiesta en la admiración y la inquieta curiosidad que dieron origen a la filosofía, se debe tanto a la debilidad de la mente humana como al carácter inabarcable de lo real. Nadie ha descrito con una metáfora más brillante esta permanente dificultad de ver la realidad en su justa distancia como Aristóteles. Él sabía bien que tal vez de tanto mirar las sombras de la caverna nuestros ojos, ojos de prisioneros, se han acostumbrado a ellas y se han convertido en ojos de murciélagos que no soportan la luz del sol y han de ser educados para contemplar lo más cognoscible en sí mismo, aunque no lo sea para los nuestros. Así lo vio poéticamente Aristóteles en el texto con que inicia el segundo libro de la *Metafísica*:

El estudio de la verdad es en cierto sentido difícil y en cierto sentido fácil. Prueba de ello es que no es posible ni que alguien la alcance plenamente ni que yerren todos, sino que cada uno logra decir algo acerca de la naturaleza... Y posiblemente, puesto que la dificultad es de dos tipos, la causa de esta no se encuentra en las cosas, sino en nosotros mismos. En efecto, como los ojos de los murciélagos respecto de la luz del día, así se comporta el entendimiento de nuestra alma respecto de las cosas que, por naturaleza, son las más evidentes³.

3. Aristóteles, *Metafísica*, II, 933 b.

Según esta hermosa imagen, la filosofía consiste justamente en hacer más cognoscibles y más patentes para nosotros las cosas que son más cognoscibles en sí mismas, pero que se nos ocultan por la debilidad de nuestra vista, deslumbrada por la misma claridad de la verdad. O quizá porque no vivimos despiertos, con la mirada atenta al fluir incesante del río del devenir, como prefiere expresarlo Heráclito.

Esa inadvertencia de la realidad profunda de la naturaleza, que describió Heráclito en el primer fragmento de su obra, se produce en los hombres por su escasa atención a lo real, que les está oculto, y solo en el *logos* se hace audible esa armonía invisible, que adquiere forma y consistencia por el difícil equilibrio de los contrarios que luchan y se sostienen mutuamente en el seno mismo de la naturaleza. Es probable, por tanto, que ya en este primer fragmento que describe la veracidad de este *logos* y la incapacidad de los hombres para descubrirlo, Heráclito nos incite a percibir el doble sentido de la *aletheia*, entendida como la armonía y claridad de lo escuchado, así como la penetrante luminosidad del *logos* descubridor de la naturaleza oculta que se desvela en él.

La filosofía, ahora y en el principio, es un estado de lucidez y de escucha atenta. Una lucha constante, como prefiere decir Ortega, contra todo tipo de sonambulismo. Ortega, en efecto, no solo propugna la necesidad de transformar nuestro concepto parmenídeo de la razón física y matemática en una razón narrativa, que discurre al par que la vida que ha de comprender, sino que, siguiendo las huellas de Heráclito, afirma también la ineludible exigencia de concebir la filosofía como un estado de vigilancia permanente. En su ensayo sobre la *Idea de principio en Leibniz*, resuena el eco de los aforismos del filósofo de Éfeso, cuando dice:

El hombre vive habitualmente sumergido en su vida, naufrago en ella, arrastrado instante tras instante por el torrente turbulento de su destino, es decir, que vive en estado de sonambulismo sólo interrumpido por momentáneos relámpagos de lucidez en

que descubre confusamente la extraña faz que tiene ese hecho de su vivir, como el rayo con su fulguración instantánea nos hace entrever, en un abrir y cerrar de ojos, los senos profundos de la nube negra que lo engendró. Tenía razón Calderón en un sentido aún más concreto y trivial de lo que él supuso: por lo pronto, la vida es sueño, porque es sueño toda realidad que no se captura a sí misma, que no toma plena posesión de sí misma, que se queda dentro de sí y no logra, a la vez, evadirse de sí misma y estar sobre sí... El único intento que el hombre puede hacer para despertar, para acordar y vivir con entera lucidez consiste precisamente en filosofar. De suerte que nuestra vida es, sin remedio, una de estas dos cosas: o sonambulismo o filosofía. Yo lo advierto lealmente antes de empezar: la filosofía no es sueño —la filosofía es insomnio— es un infinito alerta, una voluntad de perpetuo medio-día y una exasperada vocación a la vigilia y a la lucidez⁴.

No es solo que los ojos de lechuza del filósofo sean capaces de ver después del atardecer, sino que, como ya afirmaba Sócrates en su hermosa descripción de estos seres humanos extraños y singulares, los verdaderos filósofos son «los que gustan de contemplar la verdad»⁵. Los demás hombres, como prisioneros de las sombras, no difieren en mucho de los ciegos, por estar privados del conocimiento del ser, mientras el rasgo distintivo de los auténticos filósofos es «la pasión por aprender siempre aquello que puede mostrarles algo de la esencia siempre existente»⁶.

Por tanto, el filósofo se aleja de las sombras, se aparta del mundo de acá abajo y mantiene una distancia saludable del delirio y del sueño, para convertirse en centinela vigilante, que jamás duerme, ocupándose del cuidado de sí mismo y olvidándose del cuerpo seductor, que es su cárcel y su tumba, como bellamente cuenta Sócrates en el diálogo final de su vida, que recoge poéticamente el *Fedón*.

4. J. Ortega y Gasset, *Sobre la razón histórica*, en *Obras completas* XII, Alianza, Madrid 1983, 303.

5. Platón, *República*, V, 475 e.

6. *Ibid.*, VI, 485 a.

El pensar, en consecuencia, requiere cierta distancia y hasta una ineludible soledad, aunque pueda terminar en compañía de otros semejantes, vivos o muertos, con los que es posible siempre un diálogo silencioso. Pues no hay un depósito de conocimientos filosóficos a los que acudir para responder las preguntas que inquietan sin cesar al hombre, sino que ha habido un conjunto de tentativas históricas que han buscado un camino para filosofar. Kant nos enseñó que no hay un método dogmático propio de la filosofía, porque no hay verdades filosóficas definitivas que hayan de ser aprendidas y enseñadas, pues la filosofía no es un conocimiento meramente histórico de datos, que producen instrucción y erudición en el que aprende, porque ha sido formado según una razón ajena a él, o como diría Platón, un conocimiento aprendido desde fuera, como el conocimiento que transmite la escritura. La filosofía o, como prefiere decir Kant, el filosofar, en cuanto pensar en la distancia, es fruto de la propia invención de la razón, del descubrimiento personal de quien busca reflexivamente, de quien ha extraído su conocimiento de las fuentes mismas de la razón de las que nace también la capacidad de criticar lo aprendido. Este conocimiento es la verdadera mayéutica socrática, que Platón describe como el discurso «que se escribe con ciencia en el alma del que aprende, capaz de defenderse a sí mismo y que sabe con quiénes hablar y ante quiénes callarse»⁷.

No se puede aprender filosofía, sino solo a filosofar, porque la filosofía no es una ciencia, sino una actividad cercana a un arte, la arquitectónica de la razón que sabe articular los conceptos en un discurso racional, reflexivo y crítico, lejos tanto del dogmatismo como del escepticismo, que son los dos extremos que pretende evitar la difícil andadura de la razón en su uso crítico. Así que la filosofía no es un conjunto de proposiciones, ni de dogmas, ni de informaciones, porque no es conocimiento empírico de datos. Sino que es una actividad que consiste en el ejercicio crítico de la racionalidad, en la búsqueda personal

7. Id., *Fedro*, 276 a.

y paciente del sentido que la realidad, el conocimiento y la sociedad tienen para el propio sujeto. Tal vez tenga razón Kant y no pueda aprenderse filosofía, sino solo a filosofar, porque la filosofía no es un conjunto de respuestas, como lo es la ciencia, sino una actitud crítica que nos impulsa a emprender nuestra propia navegación por los inciertos mares del tiempo.

Desde Parménides, el viaje ha sido el símbolo del camino filosófico, y en eso esencialmente consiste el filosofar. Es, desde los griegos, una odisea. Filosofar es emprender una larga travesía que solo logra realizar quien se lanza a navegar por sí mismo. Un viaje que exige audacia y soledad hasta encontrar el rumbo. Pues la filosofía es una especie de vida extraña que exige el pensar y la distancia. Creo que acierta de nuevo Ortega cuando, por medio de otra de sus lúcidas metáforas, afirma:

La filosofía es una especie de robinsonismo. Lo específico estriba en que el Robinson filosófico no vive en una isla desierta, sino en una «isla desertada», cuyos habitantes han muerto todos. Es la Isla de los Muertos: de los filósofos muertos, únicos compañeros de que la filosofía, en su soledad, ha menester y con quienes tiene trato⁸.

Con esta concepción crítica del pensar es posible establecer un diálogo en la distancia con quienes han marcado el rumbo de nuestra propia travesía intelectual. Es lo que el lector podrá percibir en las páginas de este libro que recorre algunas escalas singulares de esta navegación. El lector podrá detenerse en la constitución crítica de la razón en Aristóteles, en su lúcida reflexión sobre el lenguaje y en la invención de la razón práctica y el saber prudencial. Y podrá también conocer la singladura de la razón moderna que se extiende desde el trayecto crítico de Descartes a la actitud crítica de Hume, para culminar en el uso ilustrado de la razón kantiana. Y no podrá el lector dejar de zambullirse en las profundas aguas de la crítica fenomenológica, que con-

8. J. Ortega y Gasset, *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, en *Obras completas* VIII, Alianza, Madrid 1983, 82, nota 2.

duce a un pensar responsable y capaz de dar sentido a las cosas mismas. Heidegger es quizás el más genuino contemplador de la tarea del pensar como una toma de distancia, como una mirada que desvela la luz oculta del ser. Y el libro le hará llegar al lector hasta el final de la travesía con dos concepciones de la filosofía como un pensar desde dos laderas: la de la negación, que describe Horkheimer, que reconoce que lo que hay no es lo que debiera haber, y la de la actitud crítica, desde la que Popper entiende la filosofía como una actitud racional, libre y siempre abierta.

La lectura de estas páginas, en las que se percibe el pensar crítico de algunos de los más destacados filósofos occidentales, permite sin duda un viaje filosófico inteligentemente preparado. Es una travesía que invita a contemplar distintas visiones y diferentes paisajes intelectuales. Pero todas ellas son visiones de gigantes, a cuyos hombros podemos subirnos para divisar a distancia las islas afortunadas que pueblan el océano de nuestra inquietud y nuestra perplejidad.

La lectura de estas páginas, en fin, nos animará a seguir cultivando el asombro filosófico, la mirada insomne de una mente vigilante y el silencio atento de quien dedica el tiempo breve de la existencia a pensar, como un náufrago, en la arriesgada y apasionante travesía de la vida, que nos ofrece a distancia la visión del puerto seguro de la verdad.